

Bárbara Alpuente

# El amor se me hace bola

¿Y si tu vida no se parece  
a lo que habías planeado?...  
¿Y si es todavía mejor?



BÁRBARA ALPUENTE

EL AMOR SE ME HACE BOLA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Bárbara Alpuente Fort, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ilustraciones del interior: © Kira Oriola

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 8.338-2014

ISBN 978-84-08-12829-8

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

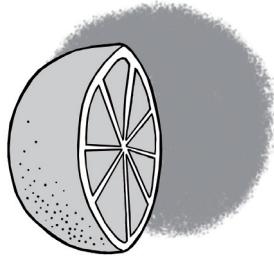
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## ÍNDICE

<i>Decálogo: Declaración de intenciones</i> . . . . .	9
<i>Introducción: El amor se me hace bola</i> . . . . .	13
1. Hola, ¿estás sola? . . . . .	17
2. Cincuenta primeras citas . . . . .	45
3. Tienes un email . . . . .	73
4. Sexo en Nueva York. . . . .	93
5. La boda de mi mejor amiga . . . . .	111
6. Pretty Woman. . . . .	125
7. Olvídate de mí. . . . .	147
8. Arizona Baby. . . . .	165
9. Novia a la fuga. . . . .	183
<i>Epílogo: El apartamento</i> . . . . .	199

1  
HOLA, ¿ESTÁS SOLA?



*La autosuficiencia tiene un límite: el omóplogo.*

Iba yo *enmimismada* caminando por una estrecha acera cuando, de repente, veo aproximarse a una pareja que avanza hacia mí con paso decidido. Parecen contentos, se ríen y se hacen carantoñas. Yo levanto la cabeza y les reto a que intenten pasar, pero la parejita no muestra intención de apartarse o de soltarse las manos para que quepamos todos. Ellos esperan claramente que les ceda el paso, pero mi madre desde muy pequeña me enseñó a cederles el paso sobre todo a las personas mayores y de las parejas «felices» nunca mencionó nada (nótense las comillas escépticas). Les miro sin pestañear, cada vez están más cerca, caminan rápido, yo acelero también el paso, estamos ya a la misma altura de la calle, y cuando ya casi vamos a chocar, ella le suelta a él la mano y en posición de fila india pasan a mi lado a regañadientes. La calle es MÍA. ¿Qué he ganado con este reto estúpido? Pues oye, yo me entretengo, y por otro lado pretendo acabar con la tiranía de las parejas que creen que por ser más en número merecen más espacio. A ver si por estar sola voy a tener que arrinconarme para que vosotros disfrutéis de vuestro amor. No. Solidaridad la justa, que os venís muy arriba.

Algunas veces estoy tomando un café junto a un ventanal, ocupando una mesa grande yo sola, y entran dos que se creen muy enamorados pero que acabarán rompiendo como todo el mundo, y me miran como diciendo: «Quítate, vete a

una mesa pequeña y deja paso a los que vamos en pareja». Pues mira, ahora que lo pienso, igual echo aquí la tarde...

Y en otras ocasiones voy sentada en el metro y a mi derecha se sienta una chica y a mi izquierda un chico, intuyo que son pareja y podría moverme, pero no lo hago por su bien; todos sabemos que la distancia en el amor es muy sana. Mírame a mí, que estoy a años luz de mi alma gemela y lo feliz que soy.

Los solteros debemos protegernos de la aparente felicidad de las parejas, porque todo el mundo sabe que se trata de un complot para que nos sintamos desgraciados por no seguir el rumbo del sistema. Cuantos más seamos, más peligra el modelo familiar, por eso los solteros damos miedo, somos peligrosos, independientes, subversivos, transgresores, somos... ¿paranoicos? Bueno, sí, un poco, pero aun así, hagamos algo juntos por el bien de nuestra comunidad de solteros. Cuando veamos a una pareja besarse, acerquémonos para preguntar por una calle; cuando vayan cogidos de la mano, pasemos por en medio fingiendo despiste, y cuando alguien hable con su enamorado vía móvil, iniciemos una conversación a gritos con quien sea lo más cerca posible de su oído. Sí, compañeros, camaradas, la vida en pareja nos lo ha puesto muy difícil y ya es hora de que seamos nosotros los que tomemos las riendas. A fin de cuentas, no tenemos nada que perder... Ellos sí. (Aquí va una risa maléfica.)

Estar soltera no significa nada en sí mismo. Lo importante es si una está bien sola o está tristemente sola. Y si estás tristemente sola quiero advertirte que el destino se encargará de que tu sentimiento victimista se agudice en cualquier contexto.

La autocompasión funciona como imán de situaciones humillantes, y si caminas por tu triste existencia inmersa en tus dramas y centrada en tus pensamientos obsesivos, lo más probable es que ése sea el día en que unos niños que juegan al fútbol te den un balonazo en la cabeza delante de todo el mun-

do. Ése es también el día en que un perro en celo se sube a tu pierna intentando aparearse con tu rodilla y la gente a tu alrededor ríe ante la escena. Y si hay un excremento canino en la acera, tú serás la primera en meter el pie con la sandalia, también delante de TODOS. Porque, de alguna manera, es como si el resto del mundo evidenciara lo sola o tonta que te sientes asistiendo como testigo a nuestros mayores ridículos.

Un día en el que las paredes de casa se me caían encima, decidí no esperar a que alguno de mis amigos tuviera un rato para salir y me senté sola en la plaza a tomar el sol y respirar el aire contaminado de mi ciudad. Hasta aquí todo bien. De repente, vi que un chico me miraba mucho, pero mucho. No me quitaba ojo y ya era muy evidente que se había fijado en mí. Finalmente, el tío le echa valor, se acerca con una mano levantada, saludando alegremente, y pienso: «Qué majo, qué lanzado y cómo debo de gustarle para acercarse así». Levanto mi mano, correspondo a su saludo sonriente y, cuando está ya a menos de un metro de distancia, compruebo que unos amigos suyos están justo detrás de mí.

Me gustaría poder contaros cuál fue la reacción tanto de los amigos como del protagonista de toda esta confusión, pero no puedo deciros si se rieron mucho o poco, porque yo mantuve la mano levantada, haciendo gestos hacia el horizonte y fingiendo que alguien me saludaba a mí en la lejanía. Me incorporé muy digna del poyete y emprendí el camino hacia mis amigos imaginarios con una amplia sonrisa, cuando lo único que me apetecía era llorar y autocompadecerme.

## POBRE DE MÍ

Parece una tontería, pero no es fácil autocompadecerse con dignidad. Algunos piensan que se trata de sentir pena de uno



mismo en los malos momentos, pero eso es muy fácil y no tiene ningún mérito; lo difícil es aprender a convertir todos tus momentos en los peores de tu vida. La autocompasión necesita hechos, referencias, recuerdos y experiencias traumáticas para poder alimentarse. Para mantener un buen nivel de autocompasión es muy importante convertirlo todo en irreversible.

Pondré un ejemplo para los que tenéis menos experiencia en este campo (optimistas ha habido siempre, no me preguntéis por qué): cada frase que nos venga a la cabeza debe estar acompañada de un anexo todavía más negativo. No puedo escribir... y no podré hacerlo nunca. Me ha dejado mi novio... y nadie volverá a enamorarse de mí jamás. Hoy me encuentro más animada... pero no durará mucho. La vida es una mierda... y además es corta.

A las que hemos sido expertas en materia de autocompasión ya nos toca dejarla atrás, a ser posible para siempre. Y para salir de ella no nos queda más remedio que entregarnos a la comedia involuntaria y a relativizar nuestra soledad cuando nos duela.

Hace un tiempo me invitaron a una fiesta multitudinaria en la que iba a encontrarme con un montón de gente del pasado. Me compré un vestido para la ocasión, y mientras me arreglaba en casa decidí que mi flequillo merecía varias HORAS de dedicación. Mi flequillo es un tema menor en circunstancias normales, pero como estaba yo un poco insegura y muy centrada en ponerme guapa, me parecía un detalle esencial. Flequillo arriba, flequillo abajo, recto, de lado, que me queda mal, que no tiene cuerpo, que tengo un flequillo triste, sin personalidad, que se riza un lado pero el otro no, que parece que he metido los dedos en un enchufe, que ¿qué he hecho yo para merecer este flequillo?! Lo típico. Horas después, conseguí dominarlo.

Salgo a la calle yo monísima y peínadísima y un coche atraviesa un gran charco justo a mi lado, causando una especie de *tsunami* de agua sucia que me cubre por completo sin darme tiempo a reaccionar. Me mojé entera. Adiós flequillo. Parecía que me había metido en una fuente vestida (como Anita Ekberg en *La dolce vita* pero en mal). Oigo las risas de una pareja que venía detrás de mí y la chica me dice: «Nunca había visto nada igual». Bien, ya somos dos.

No hay mucho margen para la interpretación de esta anécdota. Está claro que existe una especie de justicia poética que en mi caso se pone en marcha cuando me tomo demasiado en serio a mí misma, o cuando me dedico a alimentar mis miedos en vez de acabar con ellos por inanición, o, en definitiva, cuando me comporto como una idiota.

Otros momentos de victimismo de soltera se dan cuando acudo al videoclub SOLA. Recuerdo un domingo de invierno a eso de las ocho de la tarde. Un cielo violáceo amenazaba lluvia. Salí de casa. La amenaza se cumplió en cuanto puse un pie en la calle, claro, ¿para qué esperar? Porque cuando estás sumida en la tristeza el clima siempre irá en tu contra. De hecho, el cambio climático no tiene nada que ver con los ciclos medioambientales, sino con nuestros estados de ánimo. Esto todavía no se ha demostrado, pero todo se andará.

Al entrar en el videoclub en busca de un aliciente que me sacara del hastío dominical, eché un vistazo y lo vi de nuevo: una, dos, tres, cuatro... ¡Cuatro parejas!

Había un chico solo, pero sabía que en unos minutos llamaría a su novia para consultarle sobre su elección. Probablemente, ella no había podido acompañarle porque se encontraba preparando la cena en su acogedor hogar. Puede que vieran la película solos, aunque igual habían invitado a unos amigos a cenar que, evidentemente, acudirían con sus respectivos acompañantes. Esos que cuando te invitan a cenar dicen cosas

como: «Es una cena de parejas, pero veinte». ¿Cómo que PERO? ¿Tenéis miedo de que mi situación sea contagiosa, o de que el resto de las parejas al verme digan: «Vaya, pensé que esto iba de parejas, ¿qué hace ésta aquí? De qué hablaremos con una soltera delante...»?

Vi a todos estos tortolitos pasear su complicidad entre comedias románticas y me dieron ganas de abrimme hueco, ponerme entre ellos, pasarles los brazos por los hombros y decir: «Bueno, entonces, ¿cuál nos llevamos? ¿*Tango para tres* o *Two Much?*». Y porque soy buena persona, que si no también podría haberme puesto sádica y recomendarles a dos enamorados en busca de una historia romántica: «No, *Love Actually* no, ¿por qué no mejor os lleváis *La pianista* de Haneke?».

Casi sin darme cuenta mi mirada iba repasando los títulos de forma aleatoria y sólo conseguía leer «*Hola, ¿estás sola?, Abre los ojos, Vértigo, El hombre que nunca estuvo allí...*».

Creo que muchas veces nos sentimos solas por inercia, porque existe una presión invisible que nos empuja a involucrarnos en esta carrera de fondo hacia la relación de pareja en la que estamos todos participando, queramos o no. El final feliz de casi cualquier película suele estar unido a la idea de pareja; por eso, mientras no la tienes, parece que caminaras por el mundo sin un miembro indispensable para la supervivencia, como si te faltara una parte de ti que debes encontrar en el otro. Y hasta que eso suceda, estamos solos, sí, pero buscando. Estamos siempre buscando, y me pregunto si tiene que ver con nuestra naturaleza o con el entorno.

Cuando por fin te has emparejado (léase «por fin»..., bueno, léase todo, que para eso lo escribo), sientes que has ganado algo. Ya tienes cubierta una porción imprescindible para seguir jugando a este Trivial vital en el que todo se basa en conseguir el quesito correspondiente a cada categoría: el quesito

inmobiliario, el quesito laboral, el quesito sentimental, el quesito familiar, el quesito social...

Está claro que no todos los seres humanos somos iguales, y sin embargo actuamos como si lo fuéramos. Todos corremos en la misma dirección y todos perseguimos los mismos objetivos. La pareja es uno de ellos, puede que el prioritario.

### ¿QUÉ TAL DE NOVIOS?

No sé si os habéis fijado en que, cuando llevas mucho tiempo sin ver a alguien, lo primero que te pregunta es: «¿Qué tal de novios?»; encima así, en plural, que dan ganas de contestar: «Bien, tengo doce o trece, ¿y tú? ¿Sigues SÓLO con uno?». Y cuando contestas que no estás con nadie, se hace un silencio en el que te sientes obligada a justificarte: «Pero vamos, que estoy muy bien. Es porque no he encontrado a nadie y... Ya me tocará, estoy segura. Yo es que no soy muy de parejas...».

¿Os imagináis este despropósito al revés?:

—¿Qué tal de novios?

—Bien, estoy saliendo con un chico...

(Silencio tenso.)

—Pero vamos, que estoy contenta... Es que nos hemos enamorado y por eso salimos juntos... Ya romperemos, estoy segura... Yo es que soy muy de parejas, ya sabes... Nadie es perfecto.

No, las justificaciones nos las dejan a nosotras. Como si tuviéramos que convencer al mundo de que nuestra condición de solteras también es respetable. ¿POR QUÉ?

Lo peor de esto es cuando no te das cuenta de que este mensaje social que afirma que lo normal, lo respetable y, sobre todo, lo deseable es tener un novio lo llevas impreso desde la infancia y te lo has creído. Y una vez que te lo has creído, es

fácil sentirte una desgraciada cuando compruebas con los años que sigues sin adaptarte a aquello a lo que todos te empujan.

El otro día vi un documental francés en el que preguntaban a un grupo de niños de cuatro y cinco años qué pensaban sobre el amor. La premisa me resultó interesante, pero poco a poco fui descubriendo que, o bien nacemos ya intoxicados, o bien la opinión familiar ahoga toda reflexión infantil. Los niños aseguraban que el amor consiste en que dos personas se casan. No digo que casarse esté directamente relacionado con estar intoxicado (al menos no siempre...), sólo que ningún niño en la sala mencionaba una alternativa al matrimonio y coincidían en que ésa era la meta del amor. E incluso afirmaban que dos chicas no pueden quererse porque no pueden casarse. Me resisto a pensar que un niño de cuatro años llegue a esa conclusión por sí mismo. El amor es algo demasiado amplio y enigmático que un niño puede alcanzar a entender mucho mejor que los adultos, que hemos estado escuchando toda la vida cuál debe ser nuestro futuro, qué pasos debemos dar, qué actitudes debemos evitar adoptar y a qué debemos aspirar.

Eso sin contar con las películas de Disney en la niñez o las comedias románticas engullidas desde la adolescencia, que consisten en hacerte desear todas esas cosas que sólo suceden en las comedias románticas. Espiral del mal. Lo malo es que la comedia romántica es un género que me encanta y espanta simultáneamente... Como vivir.

Todavía hay quien se pregunta de dónde viene la mitificación de las relaciones de pareja, pero tiene una sencilla explicación que yo os voy a desvelar. A lo mejor no tengo ni puñetera idea de lo que estoy hablando, pero ése es el riesgo de que me hayan encargado un libro.

El problema está en que desde siempre nos hemos dedicado a emparejar las cosas. Se empieza alegremente por emparejar los calcetines, y de ahí al infinito y más allá. Si el tema se

quedara en los calcetines, bueno, pero es que luego intentamos poner todos los objetos con sus familias a la hora de recoger la casa.

Hay que colocar el cenicero junto al tabaco, el bolígrafo negro con el bolígrafo rojo, la agenda pequeña sobre la grande, el mando de la tele junto al mando del DVD, etcétera. En el baño emparejo los objetos por el envase (soy tan superficial). Tengo el desodorante junto a la espuma del pelo porque, aunque el contenido no tiene nada que ver, ambos tienen un envase parecido: altos, esbeltos y estilosos.

Pero claro, ¿cómo se guardan un clip, un sacapuntas y un tapón? Pues si no los puedo emparejar, me veo obligada a inventar «el cajón de las familias desestructuradas». En este cajón multirracial te puedes encontrar una llave huérfana que no acabas de recordar qué abre, un céntimo acomplejado y subestimado por sus compañeros, una pila aturdida que no sabe si está gastada o no, una chincheta lisiada pero con esperanza y un tapón que no quieres tirar porque sabes que corresponde a algo que encontrarás en cuanto decidas tirarlo a la basura, al igual que los tickets de compra. Yo tengo algunos de hace seis años que no me atrevo a tirar por si justo el día que me deshago de ellos descubro que los necesito más que nunca (con este mismo argumento algunas parejas aguantan toda una vida).

Y así, poquito a poquito, dejándose llevar por el trastorno compulsivo, debió de empezar Noé: «Huy, mira, un conejo junto a una gallina... ¿Por qué me siento tan crispado? Espera, ¿y si pongo al conejo con la coneja y a la gallina con el gallo? ¡Mucho mejor!». El caso es que el tío siguió así con la vaca y el toro, con el caballo y la yegua... Total, tanto emparejar animales que al final, como ya no le cabían en casa, construyó un arca (que debía de ser como mi cajón pero a lo bestia). Y ahora, por primera vez, intuyo que si Noé me hubiera encontrado

a mí habría tenido que dejarme en tierra (mejor sola en tierra firme que en pareja a la deriva).

Pero no importa que tú lo tengas más o menos asumido, porque siempre habrá alguien cerca que te trate como si fueras una enferma:

«Tengo un amigo que te va a gustar» (tengo una pastilla que puede calmar tu dolor).

«Sé de un bar al que van hombres muy atractivos» (hay una nueva terapia para tratar lo tuyo).

Y te preguntan cosas como: «¿Por qué no tienes novio con lo maja que eres?». Mujer, nunca pensé que no tuviera novio por no ser maja. O: «¿Por qué no tienes novio, si tú TODAVÍA estás muy bien?».

Hay quien da por hecho que una está soltera porque no encuentra a nadie para dejar de estarlo, y ya que es una circunstancia inevitable mejor sacarle el lado positivo. Los emparejados creen que me paso el día ligando aquí y allá y viviendo experiencias irrepetibles con todo tipo de hombres. Y sí, es cierto que algunas de ellas son irrepetibles, gracias a Dios. La gente debe de pensar que llegas a un bar con tus amigas, se te acerca un tío buenísimo, te pregunta si estás sola, dices que sí, te invita a su casa y mantienes una cinematográfica noche de sexo y pasión. Luego él te llama para quedar pero tú, como puedes estar con quien quieras, le dices que no, porque tienes un montón de tíos con los que todavía no te has acostado y no quieres perder el tiempo repitiendo amante.

Mi experiencia es que salir a ligar no funciona. No sé, igual a vosotras sí, pero a mí me ocurre exactamente lo mismo que el día de mi cumpleaños. Son tantas las expectativas que resulta imposible alcanzar un nivel mínimamente aceptable de satisfacción. O sea, que el día que me propongo ligar es ese en que no me mira nadie, ni se me acerca nadie, ni los camareeros me atienden.